Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Los Animales Parlantes

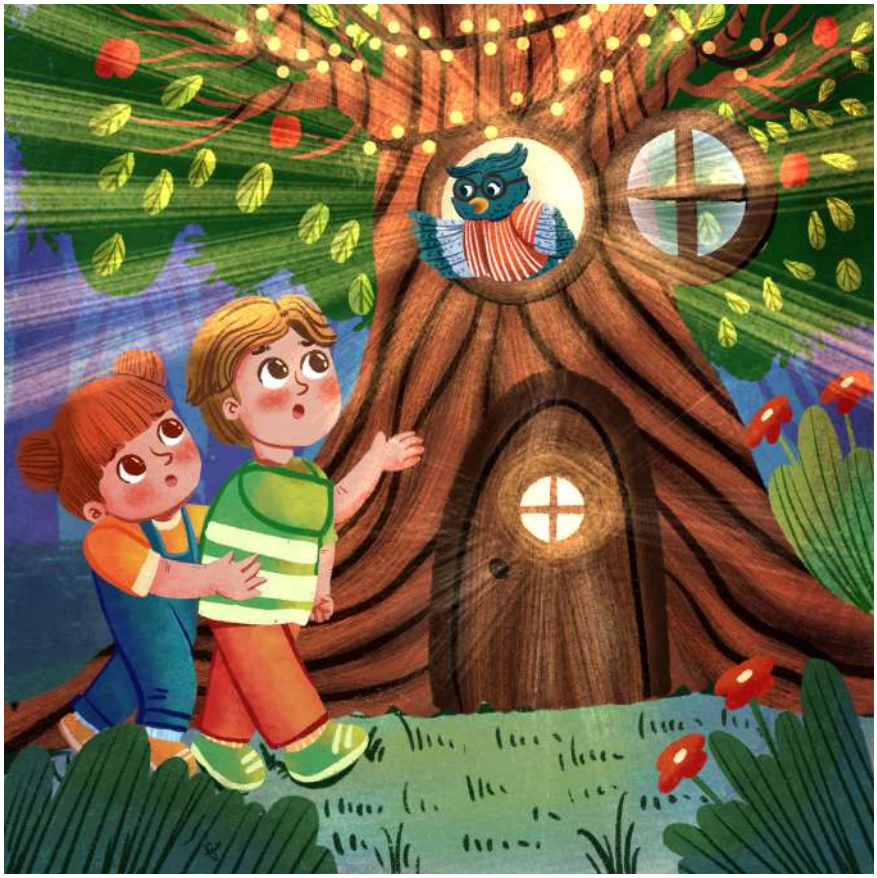
Helena y Nicolás habían oído hablar de un bosque maravilloso donde los animales podían hablar, pero pensaron que era una mera fantasía. Hasta cierto día en que se encontraban merodeando por el bosque. Nicolás, cautivado por una ardilla, la persiguió, con Helena pisándole los tobillos. Estuvieron a punto de atrapar varias veces a la ardilla, y en un momento se dieron cuenta de que se habían adentrado en una parte desconocida del bosque.



—Deberíamos regresar —sugirió Helena—, ya se acerca la noche y podríamos perdernos.

Sin embargo, en vez de volver sobre sus pasos y encontrar el camino que los llevara fuera del bosque,

parecieron adentrarse más en él. Pronto llegó la noche, y helena manifestó su ansiedad con lágrimas.
—No tengas miedo —le aseguró Nicolás—. Esta noche, la luna brillará con fuerza, y estoy seguro de que encontraremos el camino de vuelta.
—Me temo que estamos perdidos —se lamentó Helena mientras Nicolás la llevaba hasta un asiento bajo un gran árbol.
De repente, un destello llamó su atención, y al mirar hacia arriba notaron una tenue luz que se filtraba por una pequeña ventana en el lateral del árbol. Una voz llamó:
—¿Están perdidos, niños? Un búho se asomó por la ventana, y Nicolás preguntó:
—¿Puedes guiarnos fuera del bosque?
—Es muy lejos para viajar por la noche — respondió el búho—. Entren y les convidaré con la cena.



—Yo sé dónde estamos —exclamó Nicolás—. Estamos en el bosque de los animales parlantes.

La puerta se abrió, y entraron a una cocina ordenada. La señora búho, vestida con un gran delantal blanco y una gorra a juego, estaba preparando la cena.
—Por favor, siéntense a la mesa —ofreció.
Los cuencos y las cucharas ya estaban preparados, y la señora Búho los llenó con avena y leche. Su amabilidad hizo que Helena y Nicolás se sintieran a gusto pronto.
Una vez terminada la cena, la señora Búho preguntó:
—¿Les gustaría ver a mis bebés?
—Por supuesto —contestó enérgicamente Helena. Y la señora Búho los llevó a la habitación, donde tres pequeños búhos yacían dormidos en una cómoda cama.
—Son los pájaros más bonitos de todo el bosque —proclamó la madre orgullosa.
—No tengo duda —dijo Helena—, especialmente cuando abran sus ojos.
A la mañana siguiente, después de que la señora Búho sirviera el desayuno, Helena expresó su necesidad de partir. Se despidieron de la señora Búho y sus bebés, agradeciendo su hospitalidad.
—Aquí viene el señor Oso —alertó la señora Búho—. Él los guiará fuera del bosque. No se preocupen —aseguró a los niños al ver sus expresiones alarmadas—. A nadie le pasa nada en el bosque de animales parlantes. Buen día, señor Oso —saludó al oso—. Estos niños están perdidos. ¿Podrías mostrarles el camino de salida?
—Por supuesto —respondió Oso—. Pueden acompañarme. Voy a dar un largo paseo y apreciaría la compañía.



Helena y Nicolás pasearon junto al señor Oso, que se mostró amable y simpático, disipando rápidamente sus temores.

—Buen día, señor Oso —llamó un arrendajo azul desde su balcón —. ¿A dónde se dirige?

El señor Oso explicó su destino, y el arrendajo azul los invitó a pasar.

—Quizás los niños quieran conocer mis bebés —sugirió.

—Estaríamos encantados —respondió Helena.

La casa del arrendajo azul estaba anidada dentro de un gran árbol y tenía balcones por todos lados. Mientras el señor Oso permanecía abajo, Helena y Nicolás siguieron a la señora Azul escaleras arriba.

—¿No son adorables? —exclamó, mostrando tres pequeños arrendajos azules acurrucados en una cuna—. Son los pájaros más hermosos de todo el bosque.

Helena y Nicolás se mostraron completamente de acuerdo, ya que les parecían encantadoras. Después de despedirse de la señora Azul, se reunieron con el señor Oso.

—Yo vivo por allí —indicó el señor Oso, señalando una roca que se parecía mucho a una casa —Mi esposa se disgustará si no se las presento.
—Estaremos encantados de visitarla —respondió Helena, y pronto llegaron a la puerta de la residencia del señor Oso. La señora Oso, con gorro y delantal, les dio la bienvenida con una cálida sonrisa y un aire afectuoso.
—Pasen —invitó—. Prepararé el almuerzo y les presentaré a los niños. Seguramente se enamorarán de ellos — agregó mientras ella y el señor Oso iban a buscar a sus retoños.
En cuestión de minutos regresaron, cada uno cargando un pequeño osezno bajo el brazo. Colocados en sillas altas, los oseznos salpicaban leche con sus cucharas, como los niños traviesos que Helena y Nicolás habían visto.
Luego de comer, se despidieron de la señora Oso y sus pequeños cachorros, asegurándose de halagar el encanto indiscutible de los bebés. Continuando su viaje, caminaron una distancia considerable sin encontrarse con nadie, hasta que se cruzaron con una ardilla y un conejo.

—Acompáñennos a tomar el té —invitó amablemente el conejo—. Y deben ver a mis bebés.
—Y después, deben ver a los míos —agregó la ardilla.
Primero visitaron al conejo, cuya encantadora casa blanco lucía persianas de un verde vibrante, rodeada de florecientes vegetales. La señora Conejo los condujo a una acogedora sala de estar. Mientras saboreaban su té,

entró una enfermera con dos canastas, dejándolas en el suelo. La señora Conejo destapó amorosamente las canastas, revelando sus preciosos conejitos.

—Les aseguro —declaró orgullosa—, que son las criaturas más encantadoras del bosque —Helena se mostró totalmente de acuerdo, admirando su delicada apariencia.

Luego, cruzaron el camino hasta la casa de la señora Ardilla, donde sus bebés jugueteaban en el patio. La señora ardilla explicó:

—Los dejo que corran libres para que puedan apreciar su gracia. Son los bebés más adorables del bosque.



—Creo que tienes razón —dijo Helena—. Son notablemente listos.

Finalmente, cuando se acercaron al sendero que salía del bosque, el señor Oso les informó que no podía acompañarlos más lejos.

—Entrar en ese sendero hace que cualquier animal parlante pierda su capacidad de hablar —reveló.

—Estamos profundamente agradecidos —expresó Nicolás —. Hemos tenido una experiencia realmente cautivadora.
—Por favor, vuelvan otra vez —los invitó el señor Oso—. Nos agrada mucho recibir visitas —. Y con esas palabras de despedida, el señor Oso desapareció en el bosque, perdiéndose de vista pronto.
—No quiero volver a comer avena con leche —exclamó Helena—. Deben subsistir con eso. ¿Has visto que engreídas son esas madres? Es bastante incómodo cuando preguntan si sus bebés son bonitos.
—Estuviste de acuerdo con todas las madres —observó Nicolás—, incluso con el búho, cuyos polluelos eran los más feos que he visto.
—¿Le dices a una madre que su bebé no es bonito? — cuestionó Helena.
—No —admitió Nicolás—, supongo que no.
—Bueno, es lo mismo con los animales y pájaros — concluyó Helena.
A pesar de numerosos intentos, Helena y Nicolás fueron incapaces de encontrar el camino que lleva de vuelta al bosque de los animales parlantes. No obstante, no pierden la esperanza, sabiendo que existe, y sueñan con redescubrirlo algún día.